



## HOMILÍA FUNERAL HERMANO FÉLIX MALCORRA ARRASTOA

Irún, 11.12.2021

H. Juan Carlos Orús, V.A.

Textos de la liturgia de la Palabra:

Ap 21, 1. 2a-5a. 6b-7/ Salmo 62, 2. 3-4. 5-6. 8-9/ Mateo 5, 1 – 12a

*“Dios habita aquí con los hombres.  
Vivirá con ellos, ellos serán su pueblo  
y Dios mismo estará con ellos como su Dios.  
Secará todas las lágrimas de ellos y ya no habrá muerte,  
ni llanto, ni lamento, ni dolor,  
porque todo lo que antes existía ha dejado de existir.”  
(Ap 21, 2a-5a)*

Celebramos hoy la muerte y resurrección de nuestro hermano Félix, que ha comprometido su vida en el seguimiento de Jesús desde la vocación lasaliana. Él ha formado familia con nosotros, y por eso sentimos su partida con dolor de hermanos. Pero lo hacemos también con el gozo profundo de que su vida consagrada ha sido un servicio a la Iglesia y a la humanidad, un signo de los cielos nuevos y la tierra nueva, más allá de las lágrimas, del dolor y de la muerte. En palabras del mismo Félix, *“desde la fe podemos barruntar que en medio de los dolores está el consuelo, en medio de las tinieblas está la luz, en medio de los golpes existe un ángel consolador”*. Y no hay duda de que esto lo vivió personalmente, especialmente a raíz de un desgraciado accidente de tráfico que tanto le hizo sufrir. Y aun así pudo decir: *“confieso que he sido feliz”*.

Por eso, aunque nuestro corazón se duele, superando el dolor y la tristeza, deseamos reafirmar la fe, la esperanza y el amor que el mismo Dios Padre nos inspira. Félix oraba con frecuencia: *“Padre, me pongo en tus manos; haz de mí lo que quieras; estoy dispuesto a todo...”* Él ya lo dio todo, ahora todo aquello en lo que creyó y esperó ha llegado a cumplirse; ha pasado a la plenitud de vida junto al Padre, cuyas manos amorosas le habrán recibido en un abrazo sin fin; De ahí el gozo esperanzado de nuestra celebración.

Para los Hermanos, su *“consagración da sentido a sus compromisos concretos y unifica todos los momentos de sus vidas, expresión del amor de Dios por la humanidad y signo profético que establece los valores del Reino como criterios de discernimiento de las realidades humanas.”* (cfr Regla 24). Algunos monjes contemplativos incluso celebran la muerte como la consagración plena y definitiva a Dios. Esa consagración fue ya celebrada en el bautismo de nuestro Hermano, tras su nacimiento en Orexa a principios de 1937, fruto del amor de Luis y Serapia; esa misma consagración fue ratificada con sus votos religiosos, con carácter perpetuo a los 25 años, en San Asensio, y vivida en profundidad y coherencia a lo largo de sus años a ambos lados del charco. Y ahora, en Irún, con su muerte y resurrección en Cristo, ha sido ya definitivamente consumada.

El texto del Apocalipsis nos invitaba a creer que nuestro anhelo por la vida es escuchado por Dios, que hace nuevas todas las cosas y nos da a beber del agua que sacia, porque quiere encaminarlo todo hacia la plenitud. Dios es “amigo de la vida” y ha dicho no a la muerte. Por eso los creyentes afirmamos la vida y promovemos todo lo que conduce a ella.

Y así ha sido también en el caso de nuestro hermano Félix, quien desde Legazpi, Bilbao, Salamanca, y, sobre todo, desde su querida Venezuela (Caracas y Mérida) durante casi 35 años, supo saber darse sin ser posesivo, haciéndose innecesario para que otros pudiesen volar y viviendo desde un corazón entrañable la alegría y la fraternidad.

Fue un hombre reflexivo, que vivió intensamente el Concilio Vaticano II, que ahondó en Salamanca en su formación teológica y pastoral, que siguió de cerca la Asamblea de Medellín, que gustaba de una biblioteca continuamente actualizada...

Pero también fue un gran conversador en comunidad y un gran escuchador, el “Hermano de la columna” que en Santiago Apóstol charlaba con los muchachos y se preocupaba de ellos; el acompañante que llevó la dirección personal y orientación de tantos alumnos venezolanos, a veces hasta el agobio; el amigo que continuó desde el teléfono o el facebook escuchando y animando a tantas personas... Félix solía llevar escritas cerca de sí las palabras de Pedro Casaldáliga: *“Al final del camino me dirán: ¿Has vivido? ¿Has amado? Y yo, sin decir nada, abriré mis manos vacías y el corazón lleno de nombres.”* Sin duda que ahora su nombre estará en el recuerdo y las oraciones de muchos de esos nombres...

*“Quiero pedirte, Señor, que en el atardecer de mi existencia la soledad solitaria no venga sobre mí, que tenga con quien compartir el mapa de mi alma...”* Así te expresabas, Félix, al enfrentarte a la tercera edad. Sin duda que en La Salle-Enea la compañía de tus Hermanos y el cuidado de auxiliares y enfermera cumplieron con creces tus deseos... Duros fueron, por la enfermedad, tus últimos años, cuando parecía que estabas lejos de nosotros, viviendo otra vida... pero en medio de tus debilidades y ansiedades nunca te faltó la comprensión y la paciencia ni una sonrisa amable y sosegada.

Pocas palabras se han escrito tan esperanzadoras y comprometidas como las que hemos podido escuchar en el Evangelio, las Bienaventuranzas, una apuesta por aquello que todos buscamos con más ahínco: la felicidad. Por eso al escucharlas sentimos resonar un eco en nuestro interior, una llamada a seguir apostando por la vida en plenitud, desde la debilidad y los miedos, también desde la confianza y la fuerza interior.

En este Adviento resuenan con fuerza las palabras antes proclamadas: “Dios habita aquí con los hombres. Vivirá con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios”. Apoyando la esperanza que este anuncio suscita, Cristo viene a renovar en esta eucaristía el misterio pascual, que lleva a cumplimiento su promesa de vida para siempre. En su vida consagrada, según *“el espíritu de las bienaventuranzas”*, Félix fue progresivamente incorporado a este misterio pascual de Cristo. Al actualizarlo ahora que el Señor afiance también nuestra fe en *“el cielo nuevo y la tierra nueva”* y nuestro compromiso con las bienaventuranzas.

Félix, al decir adiós a tu Venezuela querida, robaste estas palabras al cantar:

*“Dicen que no son tristes las despedidas. Dile, al que te lo ha dicho, que se despida”.*

Y continuaste:

*“Por eso, lo mejor será que no nos despedamos.*

*Simplemente, solamente, suavemente, nos decimos con nostalgia y cariño:*

*“Hasta luego, hasta siempre”.*